

¡Toda la Europa sería una España! ¡En lugar de un Guillermo de Orange ó de un Federico II, tendríamos un Felipe IV y un Carlos III! Los Fernandos hubieran propagado por toda la Europa ese amor á la libertad que, como todo el mundo sabe, anima á la casa de Austria. Acaso se prefiera la corte brillante de los reyes de Francia. Nuestra felicidad hubiera sido la misma, tendríamos además la ventaja de *las reales cédulas de prision*, en con-
tar con la revocacion del edicto de Nantes, que nos hubiera evitado nuestras divisiones religiosas.» La ironía de *Müller* aniquila los sofismas de aquellos absolutistas que abundaron en tiempo de José II, uno de los cuales se atrevió á decir que era esclavo y que se honraba con su servidumbre. Más vale la division y los males que produce, que los beneficios de una paz impuesta por un César. En nuestra Europa moderna, la libertad encuentra al ménos refugio en alguna parte, y por consiguiente, conserva siempre alguna esperanza de triunfar, al paso que bajo el régimen de los Césares, el hombre libre no tiene más que un medio de conservar su libertad, que es el que empleó *Caton*! (1). Indudablemente, añade un filósofo alemán, la guerra es un mal infinito, pero todavía hay otro mayor, que es la monarquía universal, porque sería la tumba de la libertad, y cuando la libertad muere, ¿cómo ha de vivir el hombre? (2).

III.

Hé aquí una reivindicacion enérgica de la libertad y del individualismo. Pero éste no es más que uno de los elementos de la humanidad. ¿Cómo quedará satisfecho el principio de la unidad? Esta fase del problema, que tanto habia ocupado á *Leibnitz*, no presenta interes para los escritores alemanes. La Francia, inclinada por su genio hácia la unidad, siguió las huellas del ilustre filósofo. *Montesquieu* reprodujo, bajo formas aceptables, la idea del abad de Saint-Pierre sobre las confederaciones: «Esta forma de gobierno, dice, es un convenio por el cual varios cuerpos po-

(1) J. VON MÜLLER, *der Fürstenbund*.

(2) KANT, *Philosophie der Religion*. (Obras, t. VI, p. 194, nota.)

líticos consienten en ser ciudadanos de un Estado más grande que quieren formar. Es una sociedad de sociedades que forman una nueva que puede ir creciendo por medio de nuevos asociados que se le unan. Nada más seductor que el gobierno federal en el terreno de la teoría: «Compuesto de pequeñas repúblicas, disfruta de la bondad interior de cada una; y en el exterior tiene, por la fuerza de la asociacion, todas las ventajas de las grandes monarquías.» Pero cuando se pasa de la doctrina á la práctica y se quiere poner manos á la obra, entónces abundan las dificultades. Uno de los grandes pensadores del siglo XVIII, *Turgot*, creia con *Montesquieu*, que las repúblicas federativas podian conciliar la seguridad de las naciones con su tranquilidad interior; veia además en ellas la ventaja de asegurar la independencia de los Estados que no tienen gran extension. *Turgot* no desconocia las dificultades de la ejecucion; no buscó la solucion de este problema político en confederaciones formadas en Europa por la casualidad ó la fuerza de las circunstancias; su espíritu está libre de las preocupaciones y de los recuerdos que habian ofuscado la elevada razon de *Leibnitz*. Diríase que es un ciudadano de la jóven república que acababa de formarse al otro lado del Océano, y que llamaba la atencion de todos los que aman la libertad. *Condorcet* nos dice que la república de los Estados Unidos fué la que movió á *Turgot* á meditar acerca de los medios de organizar una república federal. Vamos á exponer las ideas de aquel generoso pensador, una de las más nobles figuras de un siglo que cuenta en su seno tantos genios.

Turgot no es un utopista, á la manera de Saint-Pierre; no piensa en una confederacion universal que asegure para siempre la conservacion de la paz. No pronuncia siquiera la palabra paz; piensa más en la independencia de las naciones y en la libertad de los individuos. Para tener una garantía de union, se dirige, no á un mecanismo constitucional, sino á los vínculos que forman naturalmente entre pueblos vecinos la misma lengua, la misma manera de vivir, los mismos usos. Procura separar todo motivo de discordia, ilustrando á los hombres acerca de sus verdaderos intereses; sabiendo que las constituciones serian impotentes para mantener la armonía allí donde hubiese intereses hostiles, pide la

libertad ilimitada del comercio y de la industria. Esta era una idea favorita de la escuela económica á que pertenecía *Turgot*. En el siglo XVIII, el libre cambio era considerado como la más irrealizable de las utopías; hoy vemos que va entrando en los hechos. Cuando exista la solidaridad de intereses entre los pueblos, podrá decirse que la union está realizada; no faltará más que promulgarla. Las cuestiones de guerra y de paz ocuparán siempre un lugar preferente en un sistema político tan complicado como el del mundo moderno. En una república federal no hay necesidad de decir que cada Estado renuncia al derecho de hacer la guerra y de celebrar tratados; este derecho no puede pertenecer más que al cuerpo que represente la federacion. Pero ¿cómo evitar los inconvenientes de tan formidable poder? *Turgot* propone que este cuerpo no tenga el derecho de declarar la guerra sino por una gran mayoría, y solamente en caso de invasion, y que en todos los demas casos sea necesaria la mayoría, no de los miembros del consejo, sino de los Estados que componen la federacion.

Se ve que *Turgot* procura, lo mismo que la constitucion de los Estados-Unidos, dejar á salvo la independenciam de los Estados federados. Vela tambien por la libertad. Si se pone el ejército á las órdenes del consejo supremo, se compromete la libertad comun. Si se deja á cada Estado el derecho de formarlo á su voluntad, la existencia de la union peligrará. *Turgot* no encuentra más que un medio de evitar este doble escollo, y es no tener ejército permanente, sino únicamente milicias. Preve desde luego la objecion. Este sistema, bueno en tiempo de paz, es peligroso cuando la confederacion tenga que luchar contra una potencia militar. *Turgot* atiende á la defensa de su república, primeramente por medio de plazas fuertes, y ademas organizando una enseñanza militar que forme oficiales aptos. En tiempo de paz, la fuerza militar estará dividida, y por consiguiente, no ofrecerá peligro; no se concentrará en manos del gobierno federal más que durante la guerra. La administracion de la hacienda da lugar á dificultades análogas. No seguiremos á *Turgot* en los detalles de su proyecto (1):

(1) Véase á CONDORCET, *Vida de Turgot*. (*Obras de CONDORCET*, t. v, p. 213-224, edic. de ARAGO.)

nos limitaremos á hacer notar que estas ideas no eran suyas particulares; era el órgano de las opiniones que reinaban en la escuela de los economistas. Señalemos ademas el inmenso progreso realizado desde la época de Leibnitz. El filósofo alemán estaba como encadenado por el poder de la tradicion. *Turgot* no toma del pasado más que la idea de confederacion; para organizarla se inspira en las necesidades de la humanidad y en sus aspiraciones; en lugar de volver á la Edad Media, se lanza atrevidamente al porvenir, y el porvenir lo contará un dia en el número de sus profetas.